



Mala impresión



9

Mala impresión

Chac, chac, chac, chac... ¡Cómo molesta el ruido de la imprenta! Está claro que al final te acostumbras, pero pienso que quizá cuando sea viejito pasaré cuentas de todos estos años de estrépito constante. Y es curiosa la relación que se establece con el ruido de las máquinas: cuando estoy muy preocupado o muy contento, no las oigo, es como si no estuvieran. Ahora bien, hay veces que no las soporto. Chac, chac, chac, chac... los días que las tengo más presentes me agobian, y mucho.

Quizá es eso lo que me pasó aquel día, quizá es que estaba agobiado. Por el ruido, por las prisas, por el trabajo... no lo sé. Pero quizá sí que era eso...

Aunque también podría ser por el olor. Las tintas y los líquidos con los que trabajo no son precisamente agua, no. Se te meten en la nariz y, ¡hay que ver!, a menudo añoras el aire fresco, sobre todo cuando empiezan a escocerte los ojos. Si lo sumas al ruido, hay ratos en que lo pasas mal. Está claro que todo eso debía de ayudar para que me pasara.

Fue hace un par de años, pero me acuerdo muy bien. Era un día de verano de aquellos de julio en que el calor se hace insoportable. Hacía un bochorno pesado, de los que te hacen sudar la gota gorda sin necesidad de moverte. Salí de casa a las siete y media, después de que Laila, mi mujer, y yo estuviéramos hablando un rato sobre qué íbamos a hacer durante las vacaciones de agosto: no sabíamos si ir a Nador a ver a su familia durante todo el mes o ir primero solos a la playa unos cuantos días. Recuerdo que estábamos pasando una buena época, de tranquilidad:

Edición: Secretaria de Política Sindical - Salut Laboral
UGT Catalunya

Redacción, diseño y corrección: l'Apòstrof, sccl

Impresión: Artyplan

Dipósito Legal: B-XX.XXX-2010



los dos teníamos trabajo e íbamos a por el niño. Cuando salí de casa, pues, lo hice de buen humor, en la calle todavía se estaba bien porque corría vientecillo y el aire limpio de la mañana invitaba al optimismo. Me dio rabia tener la bicicleta estropeada y tener que coger el metro, porque bajar las escaleras y cambiarme el humor fue automático.

Me molesta el metro, sobre todo me molesta cogerlo cada día, entre dos y cuatro veces. Pero lo que más me molesta es que haga calor y se estropee el aire acondicionado. Y la gente, ¡tanta gente! Y los empujones... El caso es que aquel día de julio cogí un metro viejo, de los que están divididos en vagones, y subí en uno que tenía el aire estropeado. La visión optimista de la vida se había desvanecido completamente al cabo de veinte minutos, cuando salí al exterior. Encima, ya no corría ni gota de aire. Suerte que me esperaban los compañeros.

—¡Buenos días a todos! —solté al pasar la puerta del Bar Tutatis, en la esquina de la imprenta donde trabajo—. ¿Qué tal?

Me acerqué a la barra y le dije a Ginés que me pusiera lo de siempre, un cortadito. En la mesa del fondo (la misma cada día) estaba toda la peña: Jaime, mi jefe, que se encarga de hablar con los clientes y de coordinar los encargos; Ricardo, el guillotinista, y Ana, la “gran controladora”, la que sabe dónde están los albaranes, las facturas y si cobramos o no. ¡Ah! Y antes de que se me olvide, yo soy Pedro y soy maquinista de *offset*. Todos juntos hacemos funcionar Papemprés, la imprenta.

Tengo la suerte de tener buena relación con mis compañeros de trabajo, y también con mi jefe, el dueño de la imprenta. Como es una empresa muy pequeña (¡sólo somos cuatro!), la relación es muy intensa, y no hay manera de escaparse de nadie. Por eso es una suerte que tengamos buen rollo. Siempre empezamos el día en el bar, planificando los pedidos, repasando el trabajo... Sólo un ratito, pero va bien marcar los objetivos del día y comentar las novedades.

—Buenos días, Pedro —dijo Jaime—. ¿Ya vienes preparado hoy?

“Huy, que mal”, pensé. “Esta entrada solo quiere decir una cosa: trabajo y trabajo”.

—¡Siempre estoy preparado, jefe! —respondí de buen humor—. Y ahora dime que hoy, como hace mucho calor, ¡nos vamos los cuatro a la playa!

—¡Qué más quisiera! —añadió Ricardo—. De entrada, yo tengo médico. Me iré hacia las once. —¿Qué tienes? —le preguntó Ana—. ¿Aún estás con lo de la espalda?

—No, no. Ahora parece que tengo mal el colesterol —explicó Ricardo con cara de resignación—. El dolor de espalda no tiene solución. El médico de la mutua me dijo que hiciera natación o yoga, y sobre todo que aprendiera a levantar pesos sin forzar las lumbares, haciendo fuerza con las piernas. Ya hace tiempo que intento coger el papel de otra manera, aunque sí que estoy un poco jodido, sí.

—¡Acabaremos todos sordos y jorobados! —sentencié.

—Me sabe mal, Pedro, pero aparte de avanzar hacia la sordera, hoy tendrás que arreglártelas solo —remató Jaime—. Yo también me tengo que ir, no estaré en todo el día. Por la mañana, visitas, y por la tarde, reunión.

Eso no me gustaba nada. ¿Arreglármelas solo? ¡Sí, hombre! Pero Jaime nos lo explicó: teníamos un pedido nuevo que se tenía que entregar aquella tarde (lo venían a recoger a las seis) y estaba claro que el único que lo podía sacar era yo. Me quedaba solo y, por lo tanto, lo tenía que empezar y terminar yo, imprimirlo, guillotinarlo, empaquetarlo y entregarlo al cliente a las seis en punto (¡suerte que no lo tenía que llevar!). La verdad es que no me gusta hacerme responsable de todo. Dime quisquilloso, si quieres, pero no quiero hacer trabajo que no me toca. Además, yo soy maquinista oficial de primera, no tendría ni que mirar la guillotina, ni mucho menos empaquetar. Pero, ya se sabe, somos pocos y todo el mundo tiene que poner de su parte para que todo vaya bien.

Jaime, que me vio la cara, añadió:

—Este cliente interesa, Pedro. Si quedamos bien, tendremos más pedidos tan grandes como este, aunque sean con poco margen de tiempo. Pero este es el problema que tendremos, que siempre irá con prisas. Trabajan así. Pero pagan igual de rápido y bien.

Me puso cara de circunstancias. Me quiso decir que lo comprendiera, que costaba mucho conseguir nuevos clientes, que la faena había bajado mucho y que teníamos que hacer más esfuerzos que nunca... Todo eso con una mirada. Ya hace años que nos conocemos y no necesitamos demasiadas palabras, Jaime y yo.

En fin, que entre unas cosas y otras, un día que había empezado con optimismo, como si fuera un anuncio de la tele, en menos de una hora amenazaba con ser larguísimo y pesado. Encima, cada vez hacía más calor.

Planificamos la jornada. No me podía poner con el pedido nuevo hasta el mediodía, aproximadamente a las doce. O sea, que tendría que ir a comer más tarde para poder dejar los cinco mil carteles secándose: los cinco mil carteles de la fiesta mayor, que, aunque faltaba un mes, ya los querían. Y no me podía entretener demasiado porque seguro que tardaban más de dos horas buenas en secarse —estaban hechos con papel reciclado y mucha masa de tinta. Y, encima, tenía que ir con cuidado, porque, sin saber por qué, la máquina llevaba unos días que se ensuciaba más de la cuenta y me daba más trabajo del habitual. Quizá era necesario que un técnico le echara un vistazo, porque hacía tiempo que nadie la miraba a fondo. En fin, un marrón.

Este último detalle me tenía preocupado. Trabajar así comportaba usar más a menudo los limpiadores de maquinaria, y no me hacían ni pizca de gracia. Sabía que el líquido que utilizábamos era un disolvente especialmente fuerte, con un componente, el tolueno, que parecía que podía representar un peligro para la salud. Al menos, la garrafa tenía dibujada la llama y la cruz de peligro. Quiero decir que sabía que no era recomendable, que me podía hacer más daño de lo que parecía y que no se quedaba en el escozor de los ojos.

Usaba los guantes impermeables y una mascarilla con filtros especiales para vapores cuando tocaba limpiar los rodillos (bien, tengo que reconocer que la mascarilla a veces no me la ponía, me molestaba un poco, porque es grande y con el calor estorba). Aún así, los vapores del disolvente me entraban por todas partes. A veces, me daba la impresión de que se me metían por los poros



de la piel. Ahora ya sé que era porque, además de ponerme mal la mascarilla, se necesitaba más ventilación, que los extractores estuvieran dirigidos a la máquina. Entonces no lo sabía.

Encima, hacía unos dos meses que había dejado de fumar y estaba muy sensible con todos los olores que me rodeaban. La tinta, los disolventes... todo me molestaba más que antes. Me tenía que volver a acostumbrar, como si fuera el principio.

Como lo había comentado en casa, Laila había estado buscando información en Internet sobre los limpiadores de maquinaria, en especial del tolueno, y había encontrado que pertenece a un grupo de componentes especialmente peligrosos, que puede dañar los ojos y los pulmones, y que incluso puede llegar a causar efectos crónicos en la salud. Ella se alarmó y yo, como siempre,

miré de tranquilizarla: “Si lo comercializan no debe de ser para tanto. Seguro que esa página que miras no es oficial”, le repetía. Pero cuando volvía a casa con los ojos enrojecidos, me decía y me insistía: “Ponte las gafas, Pedro. Ponte las gafas”. ¡Cualquiera le explicaba que a menudo no me ponía ni la mascarilla!

De todo eso ya había hablado con mi jefe, y más de una vez:

—Hay productos que limpian igual de bien y no son tan fuertes, Jaime —le iba diciendo, con la esperanza que tomara una decisión—. Tenemos que cambiar el líquido que usamos para limpiar. Eso es peor que la gasolina de antes.

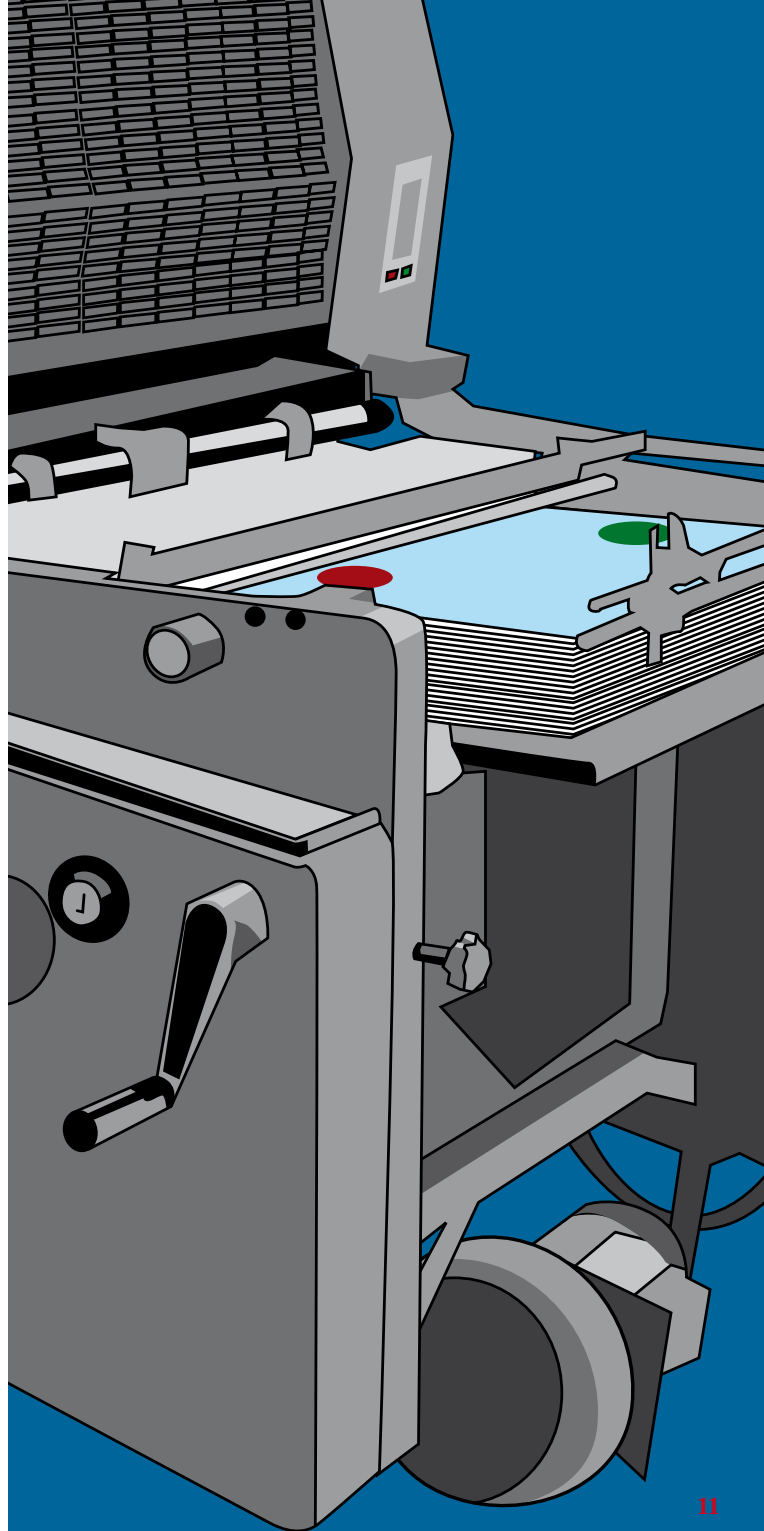
—No digo que no tengas razón, Pedro —me respondía—. Pero no tengo claro que vayan tan bien como este. Con otra cosa igual te matas a frotar. Además, piensa que un rodillo sucio puede estropear mucho trabajo.

—Pero como mínimo podríamos pedir al distribuidor si tiene otros productos más suaves, ¿no crees?

—De acuerdo, de acuerdo. Ya lo miraré cuando tenga tiempo.

Y llevábamos así casi un par de años. La conversación se repetía, con matices, muy de vez en cuando, pero no había manera de pasar a la acción.

Fuimos todos juntos hacia el taller. Tampoco es que el lugar emocione mucho, la verdad. Es un local en forma de U, tiene dos puertas y pasa por detrás de lo que es la escalera del edificio. Si entramos por la puerta de la derecha, nos encontramos de cara con la guillotina y, detrás, está el *offset*. Después, justo donde da la vuelta de herra-



dura, está la minerva, que usamos poco, porque sólo se utiliza para hacer tarjetas, invitaciones y cosas pequeñas. Si entramos por la otra puerta, tenemos la oficina y, detrás, antes de la curva y de encontrar la minerva, el almacén. Hay recuerdos de trabajos hechos por todos los rincones y en la paredes, es decir, montones de papeles impresos y carteles colgando por todas partes. No se puede decir que entre mucha luz del sol, porque es un local a ras de calle y no tiene ventanas.

Y aquí tengo que hacer otra confesión: no soy muy ordenado. Procuero dejarlo todo bien puesto cuando acabo por la tarde, pero durante el día soy de los que acumulan botes a su alrededor. Jaime me riñe, Ana me riñe, Ricardo me riñe... pero me cuesta, me cuesta.

Nos pusimos, entonces, cada uno a lo suyo. Jaime se fue en seguida, al banco, a hablar con clientes, a reunirse... Esa es su rutina. Cada día hace un recorrido parecido: primero a los bancos y, cuando vuelve, está un buen rato con Ana, liados con los papeles. Después ya no le vemos el pelo en todo el día, porque visita a los clientes. O va a ver a los que hemos servido hace poco, para comprobar que están contentos, o a los que hace tiempo no dicen nada para saber qué pasa, si han cambiado de proveedor o si no han hecho nada. De estas visitas a menudo vuelve decepcionado porque encuentra que muchas cosas que antes se hacían en papel ahora se hacen por Internet y hay una pérdida continua de clientes y de oportunidades de trabajo. Es por eso que hace tiempo que mira las posibilidades de trabajar conjuntamente con alguna otra empresa que haga productos virtuales, a fin de establecer alianzas. Pero la verdad es que no acaba

de funcionar.

Aquella mañana, finalmente, fue pasando de forma más plácida de lo que parecía a la hora del café. Desde mi sitio, oía a Ricardo faenando con la guillotina. Como siempre, iba cantando canciones románticas, que le gustan mucho. Y no lo hace mal, no. Además, hace compañía y sirve de excusa para ir bromeando de vez en cuando.

Hacia las diez y media, fuimos a almorzar y aproveché para llamar a Laila y decirle que ese día no podría ir a comer con ella, porque haría la pausa del mediodía hacia las tres, no antes.

—Eso Jaime no te lo pagará nunca —me soltó—. Dedicas más tiempo a la empresa que él.

—Venga, no seas así. Eso no es verdad. Además, también tiene cosas buenas trabajar aquí.

—¿Sí? Ya me las explicarás. No las llevo a ver por más que lo piense. Bien, perdona, ya tienes bastante trabajo, hablaremos otro día de eso, ¿de acuerdo? Nos vemos en casa, un beso.

—Un beso.

Suspiré. ¿Cómo le explicaba, sin que se preocupara, que no había trabajo en mi sector? ¿Y cómo la convencía de que estar a gusto como los compañeros y el jefe era suficientemente importante como para hacer esfuerzos complementarios?

Dejamos el Tutatis por segunda vez. Ricardo y yo continuamos tirando los pedidos que teníamos atrasados. Vino el encuadernador y, además de llevarse bastante trabajo, nos explicó su opinión sobre la liga de fútbol, que encontraba muy emocionante. Vinieron clientes, que Ana atendió con toda su simpatía y eficiencia. Vino la furgoneta y cargamos lo que había traído el encuadernador, y

como siempre comentamos que nos tendríamos que coordinar mejor para no tener que cargar y descargar lo mismo dos veces. Fue una mañana entretenida, vaya.

Recuerdo que aquel día, por culpa del calor, casi no se notaban los extractores. Sudábamos de lo lindo y pronto empecé a quitarme ropa, hasta quedarme con los pantalones cortos y las bambas. Pensé volver a decirle a Jaime que pusiera aire acondicionado.

Tal como había calculado, hacia el mediodía me puse con los carteles de la fiesta mayor. La máquina con que trabajo es de dos cuerpos. Eso quiere decir que si quiero imprimir cuatro tintas, tengo que poner el papel dos veces, y por tanto limpiarla bien dos veces. Las hay de hasta de diez cuerpos, que pueden imprimir de una tirada cinco tintas e incluso barniz, pero yo solo las he visto en catálogo; además, lo hacen por las dos caras del papel a la vez. Nada que ver con la que tenemos en Papemprés.

Cuando me puse con eso, Ricardo ya se había ido y en mi lado de la imprenta ya solo estaba yo. Sudando como un pollo, empecé a preparar las tintas que necesitaba para el cartel. Era muy coloreado, muy adecuado para una fiesta de verano. Tenía muchos círculos de colores diferentes, que representaban el confeti, y, en el medio, la silueta blanca de la paloma del escudo de la ciudad. De letra, solo ponía “Fiesta Mayor, 4-8 de agosto”, negra, en la parte de abajo. Me gustaba, era sencillo y vistoso. Y lo querían en cuatricromía, es decir, que le tendría que dar dos pasadas: una para el cian, que es un tono de azul, y el magenta, que lo es de rojo, y la otra para el amarillo y el negro.

Puse las planchas y empecé a tirar. La máquina va bien, pero tengo que ir controlando que el tintero no afloje demasiada tinta y me ensucie las planchas. Si no vigilo, puede salir la impresión sucia, con las letras como si se estiraran. Me empecé a poner un poco nervioso, el ruido de la máquina se me iba metiendo en la cabeza y el olor de la tinta en la nariz. No me gusta trabajar con prisas.

Una vez acabada la primera tirada, saqué las planchas y limpié los rodillos. Esta vez con guantes y mascarilla, pero sin gafas. Empezaba a tener dolor de cabeza. “No debería haber empezado a fumar nunca”, pensé. “Así nunca lo habría tenido que dejar y ahora no lo añoraría tanto”. Desde que había dejado de fumar, todo, absolutamente todo lo que me pasaba se lo cargaba la falta de nicotina. Y eso que en aquel momento ya había superado la ansiedad de las primeras semanas. ¡Qué mal se pasa!

Puse las planchas nuevas y el papel. Llené el tintero y el depósito del agua. ¡Y venga, al tajo! Sin saber por qué, cada vez estaba más mosqueado y enfadado con el mundo. No me gustaba nada quedarme solo, estaba claro. Me movía nervioso y, entonces, la mala suerte quiso que diera una patada a la garrafa del limpiador —naturalmente la había dejado por el medio—, que se derramó. Se esparció por el suelo, sobre todo por debajo de la máquina.

—¡Me cago en la leche! —renegué.

Me agaché a recoger la garrafa. Fue entonces cuando noté que me subía el vaho por la nariz hasta llegarme al punto entre los ojos. Me mareé: los ojos me lloraban y, por un momento, perdí el

equilibrio. Apoyado en la máquina, intenté respirar profundamente, pero me costaba. Sobre todo me asusté, y mucho.

—¡Ana! ¡Ana! —grité, esperando que ella, en el otro lado de la imprenta, me oyera—. ¡Ana!

Me empezaba a rodar la cabeza y no tenía nada claro que estuviera gritando lo bastante fuerte para que me oyera desde donde estaba. La verdad es que se me hizo eterno.

—¡Ana! ¡Anaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

Ya empezaba a ver a mi mujer que me reñía: “Pedro, por favor, ¡ponte la mascarilla! ¡Que eso es muy peligroso!”, cuando oí los pasos de Ana, corriendo.

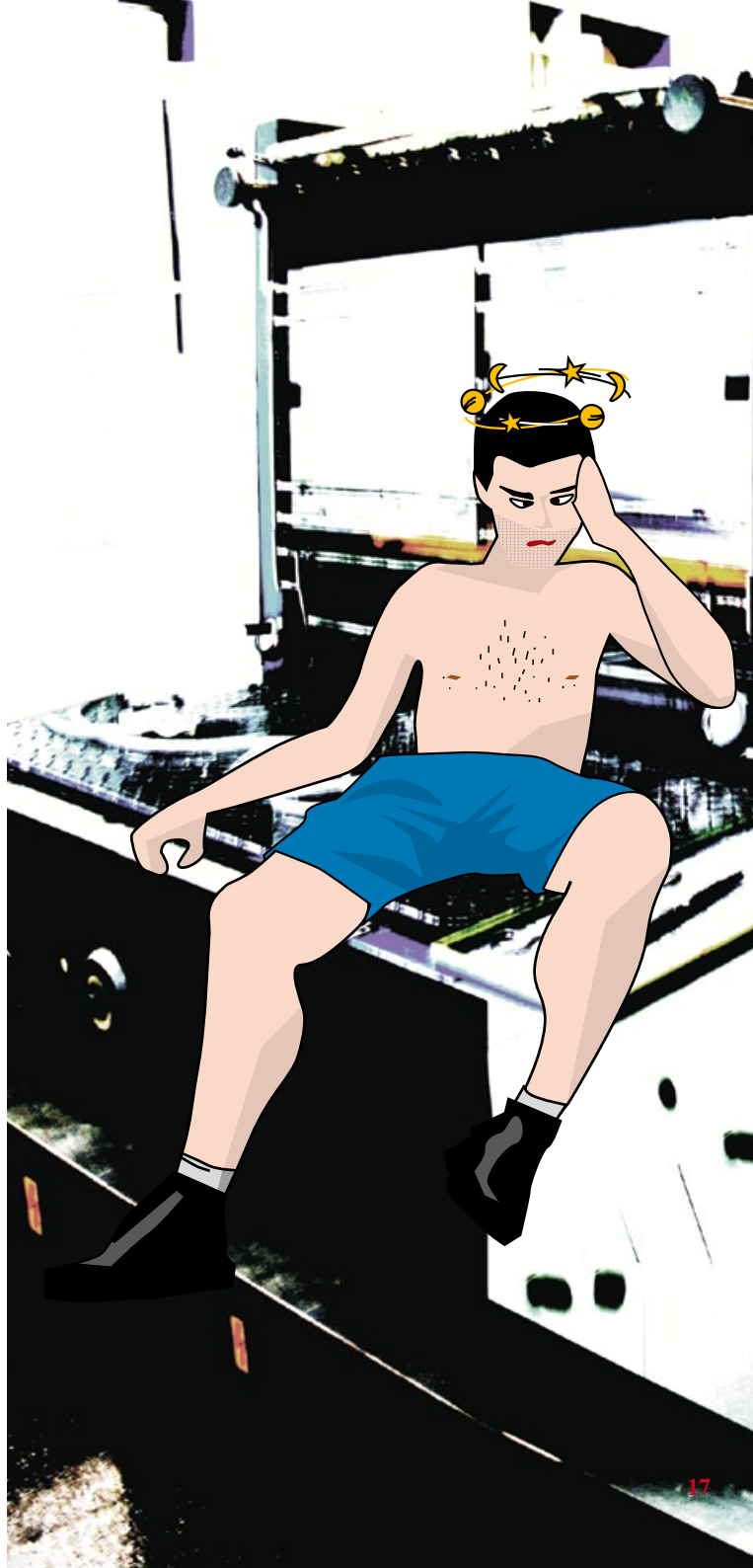
—¿Qué pasa? ¿Por qué gritas tanto? —venía diciendo por la parte de la minerva.

Cuando me vio, también se asustó. Yo tenía la cara completamente congestionada.

—¡Huy! ¿Qué es ese olor tan fuerte? ¡Madre mía! ¡Huy! ¡Huy! ¡Agárrate, corre! ¡Vámonos!

Me apoyé en los hombros de Ana y salimos, corriendo, a la calle. Como no sabíamos qué hacer, me estiró en el suelo, como si me hubiera dado una lipotimia, y me levantó las piernas. Después hemos sabido que no era necesario, sino que era suficiente quedarme sentado o, como mucho, de lado.

En la calle no corría nada de aire, pero el poquito que había era limpio. Y mi cuerpo lo agradeció.



Me costó mucho rehacerme. Ana quería llamar a una ambulancia, pero yo no la dejé. Algunos curiosos se acercaron a mirar qué pasaba. Y Ginés, el del Tutatis, que tampoco sabía qué hacer, me trajo un coñac, que, evidentemente, no me tomé.

—No le des nada, Ginés —le sugirió Ana—, que no sabemos cómo le puede sentar. Igual vomita y todo.

Al cabo de un rato me sentí fuerte para acercarme a la mutua de accidentes de trabajo, que no está muy lejos. Ana pensó en coger la etiqueta del limpiador antes de ir los dos. Jaime, que había vuelto corriendo, se había encargado de la impresión (ya se sabe, una empresa pequeña, o mejor dicho minúscula, no se puede permitir el lujo de perder ningún pedido).

Aunque todavía estaba un poco aturdido y confuso, ya me encontraba mejor. El aire limpio me había limpiado. El médico me dijo que descansara, que pasara la tarde con tranquilidad y que vigilara con los productos que utilizábamos.

Cuando llegué a casa, Laila llamó a un abogado amigo nuestro por si se podía denunciar a la empresa que fabricaba el limpiador, a Jaime, al propietario del local o a todos juntos. La dejé hablar, sin explicarle que en parte era responsabilidad mía. Sabía que se le pasaría. Ella es así, tiene esos prontos.

Después volvió a su investigación en Internet, y eso sí que dio sus frutos. Si buscaba por tolueno, encontraba que yo había presentado muchos de los síntomas que provocaba el contacto con este

elemento: irritación en los ojos, dificultad para respirar..., pero que en casos muy graves puede llegar a provocar una pérdida de conocimiento o incluso... ¡el coma! Entonces pensé, y todavía lo pienso, que había tenido mucha suerte.

Ya han pasado más de dos años desde aquel día y, como en todas las cosas de la vida, aprendimos la lección. Jaime se asustó mucho; preocupado, se informó y acabó contratando un servicio de prevención para que hiciera una evaluación de riesgos y unas charlas para ayudarnos a utilizar los productos químicos de la imprenta de forma más segura, y enseñarnos a levantar pesos. Por fin, asesorado por este mismo servicio, decidió cambiar el limpiador de la máquina. Y ahora usamos uno que no tiene tolueno, ni benceno... aunque tampoco es inocuo, no nos engañemos. Por eso, me he tenido que acostumbrar a ponerme los guantes, la mascarilla y las gafas cada vez que limpio los rodillos; además, hemos mejorado el funcionamiento de los extractores situándolos al lado de las máquinas, de manera que los vapores no se esparcen por todo el local. Por fin, Laila está tranquila y no la oigo quejarse tan a menudo.

Los ruidos también están mejor controlados. Jaime ha podido revestir las paredes y el techo con material que absorbe el ruido y, además nos ponemos protectores auditivos. Parece que quizá evitaremos ser los sordos jorobados de mis augurios.

También hemos reorganizado el almacén, hemos guardado un par de muestras de cada trabajo y hemos tirado mucho y mucho material. Entonces, hemos tenido sitio para ordenar pasillos y dejar

espacio libre para pasar, para moverse... Y, claro, no he vuelto a dejar ningún bote por medio, no me atrevo. Como hay más espacio, hemos podido poner más estantes para tenerlo todo más organizado. En conjunto, ¡parece otra cosa!

Aunque las cosas más importantes van mejorando poco a poco, falta el aire acondicionado. Y, a pesar de que no ha vuelto a hacer tanto calor como aquel verano —se batieron récords—, no es fácil trabajar en el mes de julio. Tendremos que tener paciencia e ir insistiendo hasta que Jaime lo ponga. Ahora bien, no esperaremos a tener ningún accidente para mejorar nuestras condiciones de trabajo. Eso también lo hemos aprendido.



Secretaria de Política Sindical · Salut Laboral
Rambla de Santa Mònica 10, 08002 Barcelona
Tel. **93 304 68 32**
otpri@catalunya.ugt.org
www.ugt.cat



Financiado por:



FUNDACIÓN
PARA LA
PREVENCIÓN
DE RIESGOS
LABORALES